

PENSAMIENTO Y SER*

Juan José Lozano[†]
Universidad del Valle

*«¿Puede, cuando la vida es toda fatiga, un hombre
mirar hacia arriba y decir: así
quiero yo ser también? Sí. Mientras la amabilidad dura
aún junto al corazón, la Pura, no se mide
con mala fortuna el hombre
con la divinidad. ¿Es desconocido Dios?
¿Es manifiesto como el cielo? Esto
es lo que creo más bien. La medida del hombre es esto.
Lleno de méritos, sin embargo poéticamente, habita
el hombre en esta tierra. Pero más pura
no es la sombra de la noche con las estrellas,
si yo pudiera decir esto, como
el hombre, que se llama una imagen de la divinidad.
¿Hay en la tierra una medida?
No hay ninguna.»* 33
Hölderlin

RESUMEN

En este artículo se trata de hacer una introducción al pensamiento de martin Heidegger sobre la relación entre del hombre y el ser en la era de la técnica. Para este propósito se parte del examen de la definición del hombre como ser pensante y las implicaciones que esta definición ha tenido en la configuración del ser y del mundo. Nociones como representación, objeto y sujeto resultarán importantes para dicho examen.

ABSTRACT

The topic of this article is to do a introduction at the thought of Martin Heidegger about the relation between man and be in the technical age. For this purpose it's necessary the exam of the definition of man like a thought be and the implications that this definition has in the configuration of the be and the world. Notions like representation, object and subject will be important to this exam.

* **Recibido** Mayo de 2006; **aprobado** Mayo de 2006.

† Quisiera Agradecer a Dawini M. Rengifo por sus oportunas revisiones y anotaciones. Recuerda lo que decia Hölderlin: «El hombre es un signo, indescifrado»

Para Martín Heidegger¹ la filosofía se nos muestra como el planteamiento de la pregunta: ¿qué es el ser? o de otra forma ¿qué es lo que, en cada caso, tenemos adelante? Esta es la pregunta por el ser, donde este no toma la forma de un contenido, sino que es aquello que hace posible todo contenido, aquello que permite que las cosas se nos hagan presentes, precisamente, como lo tenemos adelante². ¿Cómo podemos contestar esta pregunta? Podríamos decir que el ser es esto o aquello, por ejemplo podríamos decir que el ser es el *tou agathou*, Dios, el sujeto o la voluntad de poder. Pero al hacer esto siempre nos veríamos obligados a contestar con algo determinado, con un ente. Esta situación no es algo nuevo, en el desarrollo de la historia de la filosofía siempre se ha producido la misma dificultad. Al contestar dicha pregunta siempre responderemos con un ente, algo que es y no es el ser. Revelándose así un «error» que para Heidegger constituye tanto el origen de la filosofía, tal como se nos hace presente ahora, como de la historia occidental. Este «error» consiste en la constante confusión entre ente y ser, que desde el principio hasta la consumación de la filosofía como metafísica ha imperado, «error» que ha desembocado en el olvido del ser que tanto denunciara este autor.

34

Con el olvido del ser, se manifiesta de igual forma el olvido de las condiciones del propio ser del hombre. Es necesario, entonces, preguntar por la esencia del hombre, preguntar por aquello que hace posible que el hombre sea hombre y no sea otra cosa. Pero cuando preguntamos por esta esencia, nos damos cuenta de algo peculiar: con el olvido del ser ha venido, también, una imperturbabilidad que nos hace persistir en eludir esta pregunta; mostrándose así el estado de extraviación en que se encuentra el hombre, gracias a la distorsión esencial de su ser. El hombre se encuentra perdido con respecto a sí mismo, se oculta a sí. Todos nos encontramos bajo este estado y frente a él lo único que podemos hacer es tomar el peso de la pregunta por lo que somos y seguir ante la exigencia de tal decisión.

¿Cuál es el ser del hombre? o mejor ¿Qué es el hombre?³ Al interrogar tenemos la posibilidad de ingresar a un ámbito donde lo interrogado puede

¹ En el presente artículo se expondrán algunas de las ideas que M. Heidegger desarrollará en su momento tardío. El texto guía al cual se hará eco es «Serenidad». En este texto se aborda la relación entre el pensamiento y ser en la era de la técnica, para proponer un nuevo gesto del pensar en el que se está abierto al advenir del ser. Cfr. Heidegger, Martín. *Serenidad*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2002.

² Este tipo de determinación del ser es debido a que para Heidegger la metafísica es metafísica de la presencia.

³ Aunque la pregunta que tendría más sentido formular sería: ¿quién soy yo?. Cabe aclarar que la pregunta *¿qué es el hombre?* Debe ser tomada como una indagación correspondiente al ámbito de lo ontológico en vez del antropológico.

ser encontrado, nosotros mismos. El hombre es un ser sí mismo, que debe penetrar hasta lo más profundo se la esencia de lo mismo para entender lo que es, de modo que pueda sacudirse ante la indiferencia de tal cuestión, «todo depende de quienes somos» decía Heidegger en sus lecciones de lógica. Esta pregunta debe introducir en nuestro ser un cambio, una transformación, y de este modo debemos salir de ella. Ahora tenemos la exigencia de pensar sobre nosotros mismos y darnos cuenta que *cogito ergo sum* es un tipo de certeza que no demuestra nada.

Cuando se indaga por la esencia de algo, dirigimos nuestra mirada hacia algo distinto a las cosas por las que se pregunta, buscamos su esencia. Esta mirada pasa por las cosas pero va más allá de ellas: las trasciende. Así la pregunta por la esencia del hombre no es una pregunta acerca del hombre, y, si se quiere divisar su esencia, debemos remitirnos a algo distinto de él. Tradicionalmente se ha dicho que lo que caracteriza la esencia del hombre es el pensamiento y en su horizonte radica nuestra propia identidad, nuestra relación con el ser.

El pensamiento se ha configurado históricamente como representación, como voluntad o querer. Es decir, que este se ha constituido a partir de los materiales que la representación le ha dispuesto. La representación se convirtió en el plano arquitectónico del pensamiento, regulándolo por medio de leyes, como una impronta que le imprime sentido por medio de la reproducción de la realidad. Y así la representación convirtió al pensamiento en una simple forma estática, en una imagen fantasmagórica, virtual, y a lo sumo una «visión onírica» del mundo.

En la representación siempre se tiene decidido de antemano las cosas como ya conocidas, con ella las concebimos como constantes y como objetos. En la representación tomamos en cuenta lo existente, para saber cómo y hasta dónde se encuentra a disposición del pensamiento, del representar explicativo, de tal forma que sólo aquello que es representado (objetos) es tomado como existente. Este proceso de objetivación llevado a cabo por la representación se constituye como un poner frente a sí lo existente en todo momento, para que el hombre pueda asegurarse de lo que existe. Así la verdad se instaure como la certidumbre del pensar (esto es así desde Descartes), se determina lo existente como objetividad del representar y a la verdad como su certidumbre. Aquí se ha operado una transformación absoluta de la esencia del hombre, si algo es existente lo debe hacer bajo la forma del *Subjectum*, lo que está presente como fundamento y hace concentrar todo en sí. El hombre pasa a ser aquello en lo que se funda todo lo existente y su verdad, convirtiéndose en el punto de referencia para designar lo existente. El sujeto es el tribunal donde se toma la decisión sobre la existencia, realidad y certeza de los objetos.

El mundo, con lo que denominamos lo existente en conjunto, es para nosotros decisivo y obligatorio. De este modo nosotros nos mantenemos al tanto del mundo no como una copia, que es producto de la representación; sino como un representar lo existente mismo, siempre presente inmerso en sus relaciones. El mundo está ante nosotros como un sistema donde todo lo que existe le pertenece y coexiste en él. Estar al tanto del mundo es estar enterado de él y esto es estar preparado para su ejecución. El mundo se comprende como una imagen de de lo existente en conjunto, en la medida en que se instala en el hombre, levándolo ante sí, teniéndolo ante sí. Esta imagen corresponde a una configuración externa que se transforma constantemente bajo el sometimiento de leyes inmanentes a ella, encerrando en sí cierta fuerza y pureza. Pero como imagen sólo está ahí por alguien que la considera como tal, el mundo es un objeto reproducido, virtual, que posee la misma realidad histórica que el sujeto que lo representa y por él se constituye como algo concreto e histórico. Es puesto de antemano y en su anticipación ya se designa como algo igualmente histórico. Al ser imagen, aunque participe del desarrollo histórico, este se mantiene por fuera del tiempo, al ser tan sólo una idea de lo mutable donde los objetos hacen su aparición. El mundo comienza a existir cuando este es colocado por el hombre que representa y elabora.

El ser de lo existente así determinado se busca y se encuentra en la condición de representado de lo existente. La unidad entre representado y representante se fundamenta a partir del bosquejo de una objetividad de lo existente, de tal forma que sólo cuando lo existente se ha convertido en objeto de la representación pierde de determinada manera el ser para convertirse en valor. «El valor es la objetivación de los fines de necesidad del instruirse representativo en el mundo como imagen»⁴. Lo objetivo (*Objection de obiisere = poner delante, Objectum = lo puesto delante*) se pone en el horizonte del saber y la disposición de los hombres, pues solo así es considerado como existente.

Representar (*Repreasentatio*) significa entonces poner frente a sí lo existente como opuesto, referirlo al que representa y hacerlo volver a entrar en relación consigo como dominio decisivo. De esta manera es como el hombre se pone en escena en el ámbito de lo representado abiertamente, pero con esta aparición del hombre en la escena es él quien se convierte en la escena donde lo existente debe presentarse. El poner frente sí y hacia sí lo existente como objeto es como se llega a

⁴ Heidegger, Martin. «La época de la imagen del mundo», en *Sendas Perdidas*, Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1960. Pág. 89.

concebir el ser. El hombre es el *Fundamentum Absolutum Inconsussum veritatis* (fundamento, que descansa sobre sí mismo, incommovible, de verdad en sentido de certidumbre). Es decir, pasa a ser sujeto y así somete y domina lo existente por medio de la razón y su ser.

Ahora bien, tener certeza de que todo esta a nuestra disposición como algo que merece ser explicado, es de antemano tener la posibilidad de un mirar que trasciende a los objetos mismos en la forma en que ellos se nos presentan. El pensamiento se funda en la posibilidad de trascender la sensibilidad en la que se nos presentan las cosas, convirtiéndose en lo determinado por la manera en que representamos ya sea de manera intuitiva, conceptual o ideal. Dicho de otra forma: para el hombre resulta imposible quedarse en la simple sensibilidad, ya que para darle explicación a las cosas este siempre va a necesitar relacionarlas con algo que esta por fuera de ellas mismas, relacionarlas con un horizonte distinto al que les es propio. El hombre siempre va a necesitar un representar «horizántico-trascendental»⁵, que como toda relación con las cosas es una variante del acontecer histórico.

El pensar se configura en representar, en la relación de la representación con lo representado, siempre presente al mismo tiempo que lo cierto. El representar como tal es un calcular, pues sólo en el calcular se pone algo delante de sí y se garantiza lo puesto como tal. Sólo la «calculabilidad» puede garantizar lo puesto como tal de antemano y de forma constante para tener la certidumbre de lo que se quiere representar. Lo existente es sólo lo presente cuando por primera vez se pone en frente lo objetivo. Toda relación con las cosas es desde un principio y de antemano representadora, *cogitans*, es decir, pensante.

La esencia del pensamiento calculador es planificar, investigar, organizar y disponer siempre de las situaciones dadas. Con el cálculo cada circunstancia tiene una finalidad y un valor, a manera de un resultado determinado de antemano. En este siempre se pasa de una cosa a otra, siempre contando, calculando cada vez más posibilidades nuevas para la búsqueda de una riqueza y de una economía, sin detenerse nunca a meditar. El pensar calculador nunca será un pensar meditativo, pues nunca piensa a favor del sentido sino de la utilidad y la «instrumentalización».

⁵ Este tipo de representar hace referencia a la posición en la que el hombre se encuentra en el mundo. El hombre pertenece al mismo horizonte donde se encuentran las cosas, pero hay algo más, de una o de otra forma el se encuentra a la espera del ser de estas cosas que se le oculta. De tal forma que es necesario que su pensamiento se encamine o apunte a eso que se le esconde, es decir, que tracienda a ese horizonte que como cosa le es propio y encamine su pensamiento hacia el ser.

Como producto del cambio en la esencia del hombre podemos decir que nos encontramos extraviados, a la deriva, ya que fuimos sacados de donde éramos, el tiempo, a un lugar más allá de este mundo: el «mundo de las ideas». En la historia construida a base del olvido del ser, el pensamiento se reveló operativamente hasta llegar a un todo, por así decirlo teológico, construido por el espíritu, la ciencia y el trabajo, donde no estamos en nuestro ser sino fuera de él. El extrañamiento frente a la vida, frente a lo más próximo, ha llegado a su grado más elevado, pues se ha tomado todo los dominios de la vida. Este extrañamiento lo podríamos traducir por alienación, incluso producto de tomarnos por individuos libres y autónomos. Vivimos en el destierro de nuestro ser: abandono de nuestro hogar, abandono dirigido y llevado a cabo por el cálculo o teoría operativa, que empuja todo por medio de representaciones y planificaciones. Podemos decir que este destierro del ser fue causado por la metafísica.

38

Podemos decir que todo está hecho, pero nunca podremos decir que todo está pensado. Al instaurar la metafísica la noción de «todo», la metafísica no hizo sino instaurar la noción de «Dios», de fundamento, y al hacer esto dejó muchas cosas por fuera. De tal forma que ahora podemos, después de 2600 años de historia y metafísica, distinguir entre dos clases de pensamiento que se hallan plenamente justificados: por un lado el pensar calculador, metafísico o «maquina del calcular» y por otro lado el pensar meditativo, reflexivo o «tiempo del pensar». Es necesario, entonces, una separación entre la metafísica y el pensar.

¿Cómo alcanzamos este pensar meditativo o reflexivo? Heidegger nos dice que «sólo cuando nos volvemos con el pensar hacia lo ya pensado, estamos al servicio de lo que está por pensar». Este nuevo pensar no-calculador o no-metafísico, no puede ser entendido como una marginación o como un ir en contra de la metafísica. Pues al hacer esta oposición sería justamente dar la espalda a la constitución del modo del ser actual y persistir así en el extrañamiento y por ende en la metafísica. Superación de la metafísica no significa destrucción de la «cultura filosófica», esta se supera porque ella ha realizado su esencia, ha finalizado, llego al dominio absoluto del ente mismo y en cuanto ente, en una figura falta de verdad de lo real y de los objetos.»Sólo que la finalización dura más tiempo que lo que ha durado la historia acontecida de esta»⁶. Por el contrario este pensar debe pensar la metafísica hasta poder hacerse la pregunta: ¿qué es la metafísica? Para poner en manifiesto la historia de la metafísica, la única que hay y que es historia del pensamiento del ente, de su verdad y

⁶ Heidegger, Martín. «Superación de la metafísica», en *Conferencias y Artículos*, Ediciones del serval, Barcelona, 1994.

condición. Es decir, historia del desterramiento, el extrañamiento y el olvido del ser.

Pero el pensar meditativo tiene desde el comienzo un obstáculo metodológico: sólo disponemos de un pensar representativo que de una o de otra forma proviene de la metafísica ¿Si sólo disponemos de un pensar representativo cómo se puede llegar a pensar la esencia del hombre como un pensar no representativo? ¿Será que este pensar, al encontrarse por fuera de la representación, no quiere decir también por fuera de la racionalidad y la razón? ¿Es pues un pensar irracional? Pero vemos que el pensamiento mismo es el que determina la razón como algo que creció y nació al interior de la metafísica, dentro de una forma histórica determinada del pensar, entonces la razón dista de ser algo original y sinónima del pensar, pues él es anterior a ella. Y al final también nos daremos cuenta que la irracionalidad, aunque opuesta a la razón, deriva de ella y por lo tanto no es suficiente para ser homologa del pensamiento.

El verdadero y auténtico pensamiento del ser del hombre se funda en una relación con el ser mismo, en la relación de pertenencia mutua fundamental entre ser y hombre. La cual sólo se nos revela con la superación del pensamiento representativo y el logro del *Andenken* 39 *Denken* (pensamiento devoto). Esta superación consiste en una retorsión, en una transición de un ámbito del pensar a otro, pues de todas formas sólo tenemos un pensamiento posible. En una transformación esencial por la que se debe luchar, en donde también se transforme la esencia humana. El gesto nuevo del pensamiento es la Serenidad o el sosiego (*Gelassenheit*) como espera, donde la iniciativa del pensamiento escapa totalmente a la voluntad del hombre.

Que el hombre fuera constituido como animal racional, nos muestra que la metafísica se revela a partir del ser mismo y su relación con el hombre. Por esto su superación consiste en una retorsión del ámbito del pensamiento. Pero, aunque superada esta reaparece y sigue dominando la distinción entre ente y ser. Hoy en día es la técnica y el trabajo los que ostentan el lugar antes ocupado por la metafísica, lugar donde lo que se hace presente debe tender en su esencia a la voluntad de voluntad. Aquí volvemos al crepúsculo de la verdad del ente, pues este se hace presente sólo en la medida en que renuncia al ser. El paso a la técnica es el verdadero fin de la metafísica, ahora el animal racional o el hombre metafísico revelan al hombre del trabajo. Hombre al que le está vetada la verdad del ser, pues está abandonado al vértigo de sus maquinaciones y artefactos, desgarrando su mismidad y encontrándose en la nulidad de la nada. Ahora más que nunca es necesario el pensar meditativo.

Se trata de pensar lo impensado. Impensado que no se relaciona con pensar aquello que la metafísica y la filosofía dejaron de pensar, sino de pensar aquello que fue olvidado en la historia que los hombres hicieron del ser, la metafísica, para dar lugar a lo que hace surgir a estas. Lo impensado siempre ha estado tanto en la metafísica como en los pensadores, pero bajo el modo de la ausencia. Con el nuevo pensar se debe resaltar lo impensado, primero dando un «paso atrás» para pensar el origen de la constitución de la metafísica; y segundo avanzando, dando un salto brusco y pensar la forma bajo la cual se hacen hoy presentes ser y hombre, su mutua pertenencia.

«...para experimentar propiamente la mutua pertenencia de hombre y ser, es necesario un salto, es necesario la brusquedad de la vuelta sin puentes al interior de aquella pertenencia que es la primera en conceder la mutua relación de hombre y ser, y, con ello, la constelación de ambos. El salto es la puerta que abre bruscamente la entrada al dominio en el que el hombre y ser se han encontrado desde siempre en su esencia porque han pasado a ser propios uno del otro desde el momento en que se han alcanzado. La puerta de entrada al dominio donde esto sucede, acuerda y determina por primera vez la experiencia del pensar»⁷.

40

Este salto lo podemos dar porque de cierta forma ya estamos afuera, en la medida en que podemos dar cuenta del destierro y la enajenación del ser que resulto del desenvolvimiento histórico de la metafísica. Pero persistimos en la metafísica cuando por medio de la «reflexión crítica» llegamos a la conclusión de la inevitabilidad de la acción y el pensamiento. No sólo es necesario estar afuera de hecho; sino que también debemos meditar sobre el lugar donde estamos, el salto fuera de la metafísica nos debe llevar a donde estamos, en la constelación donde hombre y ser son regidos por la esencia de la técnica moderna. Salto que se realiza pensando la identidad entre pensamiento y ser.

Comúnmente el principio de identidad dice: $A = A$, en él tomamos el ente como ente, configurando este principio en ley del pensar. De tal forma que sin la apelación a este y a su exigencia nunca tendríamos ciencia posible: si a la ciencia no le estuviera garantizada de antemano la mismidad de su objeto ella no podría ser lo que es. Este principio es una ley del pensar porque en cierta forma es una ley del ser, en la que se dice la forma lícita del aparecer del ente como ente, es decir, del aparecer como lo idéntico consigo mismo. Lo que dice este principio es que la

⁷ Heidegger, Martin. «El principio de identidad, En *Identidad Y Diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1990. Pág. 79.

identidad constituye un rasgo fundamental del ser de lo ente. Se toma entonces el ente como él mismo, el ente en cuanto ente, y de este modo en su verdad. Exigiendo asimismo un tipo determinado de pensar, pues si el ente no fuera pensado como lo que es, no podría mostrarse como lo que es, mostrar su identidad.

Del primero que tenemos cuenta que pensó el principio de identidad fue Párménides en su poema, trayéndonos el siguiente verso:

«Lo mismo es, en efecto, percibir (pensar) que ser»

con la noción de identidad planteada en este verso nos ponemos frente a un horizonte que permite la comprensión del ser y del hombre como hoy se nos hacen presentes. Es necesario que el hombre piense «lo mismo», la «mismidad», para entender lo que es. Esta identidad no es la identidad anteriormente pensada por la metafísica. Con el planteamiento de la identidad como mismidad ponemos en juego la metafísica, pues sobre el principio de identidad fue construida la comprensión que tenemos del mundo. Al estar por fuera de la metafísica podemos pensar de forma diferente la identidad: el ser siempre fue tomado como identidad, pero puede resultar que el ser sea una a propiedad de la identidad. Guiados por Párménides vemos que asuntos que son distintos no difieren entre ellos: ser y pensar, ambos son idénticos, y con el nuevo sentido de identidad podemos decir que el ser y el pensar tienen lugar en lo mismo, surgen de la identidad.

41

La identidad habla de «mismidad» donde ser y pensar se pertenecen mutuamente. Frente a la concepción metafísica de «mismidad», ahora ella se nos revela como un enigma que nos permite ver la mutua pertenencia de ser y hombre (pensar). Pero ¿cómo puede haber tal relación entre ámbitos tan distintos? El pensamiento no es una cosa, tampoco algo que goce de una determinación específica, ya que su ser consiste precisamente en estar abierto al ser, en estar en relación con el ser, y el ser sólo ocurre mientras dura, mientras se hace presente. Completando así la pertenencia y la correspondencia, el ser pertenece al hombre y el hombre pertenece al ser, ya que sólo así acontece, es. En esta nueva identidad es donde estos se pertenecen mutuamente, encontrando su sentido en ese horizonte abierto donde hombre y ser se transpropian y se encuentran.

Asistimos al abandono de la tradición del ser, donde este fue dotado de significación como fundamento, es decir, como ente. Pero hoy nos encontramos bajo una forma extraña de esta relación: la composición. Este es el espacio donde hombre y ser se pertenecen bajo el impero de la técnica, en ella el hombre no puede ser (valer) sino por ella, apareciendo

el ser humano como un ente más, a quien la esencia de lo técnico la deviene impuesta bajo el calculo, la organización, la información, la automatización y la funcionalización. Tanto ser y hombre valen por la técnica y a cambio ella los convierte en algo reemplazable: el ser hoy es un repuesto. En este momento llegamos al punto donde el extrañamiento se ha hecho absoluto y se ha consumado por completo.

Pero podemos ensayar dentro de esta composición la posibilidad de remontar la situación, dejándonos llevar por la palabra conductora. Que para Heidegger significa el «dejar pertenecer» en su sentido más originario y que se pone como esencia del mundo técnico moderno, ya que es juego de la apropiación donde ser y hombre se transpropian mutuamente. Encaminando nuestro pensar por el *Ereignis* nos daremos cuenta que lo que el designa sucede solo en la unidad y de modo único, siendo técnica su preludio, pues en esta se manifiesta la transpropiación, que tiene la posibilidad de ser una acontecer más originario. Pero esta labor le resulta imposible de realizar al hombre amo de la técnica, que se encuentra a su servicio, puesto que este dirige su pensar a lo más general y distante, mientras que aquello que designa *Ereignis* es lo más próximo de la proximidad con el ser, proximidad en la que ya estamos.

42

Si se quiere llegar a el *Ereignis* como el acontecimiento originario de la mutua transpropiación, es necesario, entonces, pensar y pensar en él, esforzándose en la construcción de un ámbito oscilante donde hombre y ser lleguen mutuamente a sus esencias, perdiendo las determinaciones prestadas de la metafísica. Este espacio lo construimos por medio del lenguaje (pues somos un dialogo y el habla es la casa del ser). La oscilación como tal guarda el equilibrio del *Ereignis*, «en la medida que nuestra esencia dependa del lenguaje habitamos en el Ereignis»⁸. Aquí se ha transformado por completo la esencia de la identidad, ahora ella es una propiedad del *acontecer transpropiador del Ereignis*. Sobreponerse a lo composición, quiere decir dirigir nuestro pensar al origen de la identidad misma, el principio de identidad es una exigencia del *Ereignis*.

De esta nueva relación de hombre y ser en la actualidad, el pensamiento surgió como una transformación, ya que este ahora debe pensar aquello que hace posible la transpropiación, experimentando el camino y el horizonte nuevo que le ha sido abierto en el modo de experimentar el ente, la técnica, la naturaleza, la historia y ante todo su relación con el ser.

⁸ Ver. *Ibíd.*, Pág. 89